

Revista Iberoamericana, 18, 2007

Una aproximación a la literatura de viajes en el siglo XVIII: viajeros españoles y *gran tour* en la Italia del Setecientos (1760-1805)*

Franco Quinziano

Universidad Nacional de Seúl

Franco Quinziano (2007), Una aproximación a la literatura de viajes en el siglo XVIII: viajeros españoles y gran tour en la Italia del Setecientos (1760-1805), *Revista Iberoamericana*, 18, pp. 335-380.

La literatura de viajes, en el caso específico de las letras españolas, estableció un nuevo binomio España/Europa que fue modelando las bases del proceso de reinsertión de la cultura española en los circuitos culturales europeos más avanzados, siendo estimable su contribución al proceso de renovación que promovieron los hombres de la Ilustración en los más diversos ámbitos. En dicha perspectiva, se abordarán las modalidades y la funcionalidad cultural de algunos textos representativos de la literatura de viajes de los últimos decenios del siglo XVIII, indagando con especial atención los periplos estético-culturales que privilegiaron el *gran tour* por la Italia del Setecientos. La escritura que de estos textos se deriva se erige en motor de integración, en valioso instrumento de aculturación y vehículo de libre circulación de ideas a finales del siglo XVIII.

Key words: literatura de viaje/ viajeros/ desterrados/ Leandro Fernández de Moratín/ Andrés

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación financiado por la Beca *Research Settlement Found for the new faculty of SNU* de la Universidad Nacional de Seúl (2006-07).

I. El viaje en el Setecientos: contactos e intercambios interculturales

Los libros de viajes en el XVIII, ya sea que remitan a espacios o situaciones reales o ficticios, fruto de la imaginación o de la experiencia vital del autor, se hallan íntimamente ligados a la visión didáctica y utilitaria que preside la mentalidad de los hombres del Siglo de las Luces.¹ La crítica ha puesto en evidencia las novedades portadoras de la literatura viajera dieciochesca, atendiendo sobre todo a los periplos de la segunda mitad del siglo, de modo especial el viaje de índole sociológico y literario que va afirmándose como nuevo género literario y cuya contribución al proceso de “reconciliación” con la cultura europea que España ha comenzado a transitar desde los albores del siglo ha sido fundamental.

Se ha indicado con razón que la escritura vinculada a la experiencia viajera en el Setecientos “asumió por completo la función de instrumento idóneo para palpar el mundo exterior con el fin de adquirir conocimientos culturales y sociales que enriquecían a la persona y beneficiaban a la sociedad, favoreciendo su alineamiento con las [culturas] más avanzadas”

¹ La bibliografía dedicada a la literatura de viajes en el plano teórico y la atinente a la esencia del relato viajero como género que ha visto la luz en los últimos decenios es amplísima como para dar cuenta de ella en estas páginas. Por cuestiones de espacio y tan sólo a título orientador se menciona el estimable texto de Leed (1991). Entre las principales aportaciones en el campo del hispanismo, destacan en primer lugar los imprescindibles repertorios compilados por Foulchè-Delbosc (1969), Farinelli (1942-79) y García Romeral (1997), así como la recopilación de viajes de García Mercadal (1999). Si nos circunscribimos en cambio al XVIII español, imprescindibles se han revelado las aportaciones de Gómez de la Serna (1974), Enciso Recio (1987), Álvarez de Miranda (1995), Fabbri (1996) y García Mercadal (1999, IV: 409-429), a los que podría añadirse sin duda la espléndida introducción que Tejerina antepuso a su edición del *Viaje* moratiniano en Italia (1991, 9-66). Por último, entre las contribuciones más recientes se señalan los diversos trabajos reunidos en el volumen monográfico de la *Revista Filología Románica*, Anejo IV, 4, publicado en 2006.

(Fabbri, 1996, 416). Ello, en el caso específico de los textos que nos han legado los viajeros españoles, añade Fabbri, estableció un nuevo “binomio España-Europa, expresado en términos dialécticos de individualidad, confrontación e integración” (1996, 416), de la que no se halla ausente la inevitable y a veces desengañada comparación. Bajo estos lentes el relato del viaje, íntimamente asociado al concepto utilitarista y al nuevo impulso inquisitivo que preside el Siglo de las Luces, se erige en fuente de información atendible, tanto histórica como documental, de la sociedad española y europea, convirtiéndose al mismo tiempo, como ha observado Enciso Recio (1987), en significativo ‘cauce de penetración y de difusión’ de las ideas ilustradas.

Los relatos y libros de viajes redactados por extranjeros que recorren los caminos de España a lo largo del setecientos, de modo especial ingleses y franceses, aunque albergan comentarios interesantes y en sus apreciaciones y juicios revelan la amplitud de intereses que habían motivado los diversos periplos por los caminos de la península, exhiben en líneas generales un retrato indiscutiblemente despectivo y peyorativo de la realidad española. En ellos puede captarse el sentido de superioridad o el prejuicio político-social que, salvo contadas y dignas excepciones, como la del piemontés Baretto, habían guiado al viajero en su recorrido por la península. La apreciación que de la España del XVIII trazan estos visitantes iban acompañadas de comentarios o bien excesivamente parciales, o bien intencionalmente exagerados, cuando no superficiales y generalizadores o simplemente despectivos y, por tanto, no correspondientes siempre con la compleja realidad que ostentaba la España de los Borbones. En cualquier caso se trata en la mayoría de los casos de una lectura parcial, subjetiva y limitada, ampliamente condicionada por los tópicos que imperaban en aquellos años.

Se ha observado que muchos viajeros “comprueban, con precisión mortificante, el atraso cultural –y hasta la superstición- del pueblo y de muchos individuos dirigentes y se congratulan, casi se sorprenden, cuando se encuentran con personas razonables” (Enciso Recio, 7), siendo, como anota una vez más Enciso Recio, “el viajero de allende los Pirineos [...] frecuentemente un ilustrado que visita España con cierto sentido de

superioridad, predispuesto a dar más crédito e importancia a las confirmaciones de la leyenda negra, que creen ver, aunque no existan, que a la observación ponderada de la realidad” (6). Sólo por citar tres casos bien conocidos, que han recibido, no casualmente, desde la perspectiva española sendas respuestas y enconadas refutaciones, baste aquí recordar la diatriba antiespañola que ocupa gran parte del *Voyage de Figaro en Espagne* (1784) del marqués de Langle, algunos de los comentarios y juicios vertidos por el inglés Swinburne en sus *Travels through Spain in the Years 1775 and 1776*, o, más interesantes aun para el tema de las relaciones italo hispánicas que aquí nos ocupa, la vivaz descripción que nos ha legado el monje lombardo Norberto Caimo -quien recorrió la península ibérica hacia mediados de los años 50, durante los años finales de Fernando VI, movido principalmente por su curiosidad e interés hacia las vastas obras artísticas que albergaba el reino-, para darse una idea de los frecuentes tópicos que sobre la España del XVIII fueron imponiéndose a lo largo del siglo.

A su regreso del periplo hispánico, el monje lombardo declaraba que sólo la necesidad podía “llevar al hombre a viajar a España”, advirtiendo que “tendría uno que estar loco para decidirse a recorrer ese país movido únicamente por la curiosidad, a no ser que quisiera escribir unas memorias que pudieran ser de utilidad para una *Historia de los errores humanos*” (cit. en Garms, 88). Estas palabras revelaban un sentimiento muy extendido entre los hombres de cultura en los años inmediatamente anteriores y sucesivamente posteriores a la mitad del siglo. No se olvide que el texto del monje italiano fue muy leído y ejerció una considerable influencia en los últimos decenios de la centuria, habiendo promovido sus *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico*, publicadas entre 1759 y 1764, en clave de parcial refutación, el famoso *Viaje por España* de Antonio Ponz. La convicción de una España sumida en la decadencia y el atraso y aún apegada al pasado se hallaba por otro lado muy arraigada entre los extranjeros y, por supuesto, en gran parte de los viajeros y hombres de cultura italianos que recorrían o visitaban la península. La visión que de la España del dieciocho fue instalándose en Europa, procedía en buena medida de las descripciones incluidas en esta variada literatura viajera del período. De ahí que el célebre

periodista y erudito Clavijo y Fajardo aconsejase vivamente en su Pensamiento XIX (1762) a sus conciudadanos que

los españoles que se proponen viajar, además de las miras comunes a todo viagero sensato debe tener la de contribuir por su parte a borrar el bajo concepto que tienen de nosotros los Estrangeros. (II, 165)

En respuesta a lo que Clavijo consideraba páginas llenas de tópicos y juicios despectivos en la descripción que había trazado Swinburne, el diplomático y bibliófilo aragonés Nicolás Azara, a la sazón agente español de preces en Roma, afirmaba con una buena dosis de ironía que era “tan perspicaz su penetración, que, a los dos o tres días de haber entrado en España, [Swinburne] ya había descubierto que todos los caminos eran malos, las posadas peores, el país parecido al infierno, donde reina la estupidez; que ningún español tiene ni ha tenido crianza, sino los que han logrado la dicha de desasnarse con la *politesse* de los ingleses o franceses” (cit. en Sarrailh, 322, nota 134)². Asimismo, son bien conocidas tanto la refutación indignada que formula el conde de Aranda ante las valoraciones negativas y desdeñosas que había efectuado el oscuro marqués de Langle en su *Voyage de Figaro en Espagne* (1784), de quien por otro lado quedan sobradas dudas de que efectivamente hubiera visitado España, como así también las apreciaciones que vertebran las *Cartas familiares* del padre Juan Andrés, quien, sin olvidar las carencias y el atraso que ostentaba la España del período, pero al mismo tiempo respetando la sugerencia de su compatriota Clavijo y Fajardo, contribuyó notablemente al restablecimiento del buen nombre de España, no sólo en la cultura italiana de la Ilustración, sino en ámbito europeo.

Si en el XVIII, Italia constituía una de las metas obligadas de los ilustrados europeos que emprendían el *gran tour* por los caminos de Europa, por el

² Sobre la visión que trazaron los viajeros extranjeros en tiempos de Carlos III, véase Corral (1988), mientras que para las opiniones y la visión que nos han legado los viajeros italianos en el último tercio de la centuria, pueden consultarse los estudios de Garms (1988), Pradells Nadal (1996) y Marotta Peramos (1991).

contrario, no cabe duda de que España se hallaba a los márgenes del circuito viajero, debido a las dificultades no insignificantes (malas comunicaciones, carreteras inseguras y en pésimo estado, posadas poco confortables, etc.), que aún el reino ofrecía y que convertían la travesía a través de la península ibérica en una aventura cargada de dificultades y por lo general poco gratificante para el viajero. Abundan en la literatura viajera del período las alusiones al penoso estado de los caminos y posadas del reino, y a la incomodidad y desastrosas condiciones que exhibían las ventas y posadas; opinión que fue popularizándose y que de ahí a poco traspasó los Pirineos para instalarse como certeza inamovible en la literatura y en la opinión en general del período³.

En todo caso, no cabe duda de que de ningún modo eran placenteras las condiciones a las que debía atenerse el viajero a la hora de emprender su periplo por los senderos de España. Es verdad que las dificultades e incomodidades no eran patrimonio sólo de la España borbónica, como por otro lado, como se acaba de apuntar, se empeñaron en poner de realce los viajeros españoles al fijar sus impresiones viajeras. Sin embargo, el reino hacia mediados del setecientos ostentaba un cuadro mucho más preocupante que el que exhibían otros países europeos, sin duda Francia, Inglaterra, pero también la misma Italia. En estos años que inauguran la segunda mitad del siglo, España es un país inhóspito, muy mal comunicado, cuyos caminos se hallan en estado calamitoso y constituyen un verdadero dolor de cabeza para todo viajero. Si a ello se suman las pésimas condiciones de las posadas, fondas, ventas y mesones, la incomodidad y lentitud de los carruajes y la inseguridad de los caminos debido al accionar del bandidaje, es más que evidente que no existían muchos motivos, salvo la curiosidad y cierto espíritu de aventura, para emprender la experiencia viajera por los senderos del reino.

³ Como botón de muestra, Cadalso en sus célebres *Cartas marruecas* alude en varias ocasiones a ambos aspectos (Cartas XXI, XXIX y LXIX), observando que “como los caminos son tan malos en la parte de las provincias [...], no es de extrañar que se rompan con frecuencia los carruajes, se despeñen las mulas y los viajantes pierdan jornadas” (168).

Aunque las comunicaciones y posadas no eran ciertamente las más apropiadas para acoger al viajero, en todo caso ello no impidió que los italianos, pero de modo prevalente franceses e ingleses, recorrieran la variada geografía española, sobre todo en los primeros decenios que abren la segunda mitad del siglo, cuando comienzan a alternarse los itinerarios meramente descriptivos con los de mayor interés cultural y de estudio, que precisamente en aquellos años empiezan a difundirse de modo más evidente. Debe precisarse que el número de italianos que visitaron la península ibérica en el XVIII, o al menos de los que disponemos documentación fehaciente que atestiguan su presencia y que nos han dejado testimonios de su experiencia, proporcionan cifras decididamente inferiores respecto a los viajeros franceses e ingleses que atravesaron los Pirineos, e incluso bastante menores si las comparamos con la que exhiben los viajeros españoles que en aquellos últimos decenios de la centuria decidieron visitar la península italiana. La mayor parte de ellos recorren los caminos de España en la fase inicial del reinado de Carlos III, a cuyas condiciones físicas y mentales y a su valorable capacidad como gobernante casi todos ellos dedican abundante espacio en sus comentarios y descripciones⁴.

La lista de los viajeros italianos que nos han dejado sus impresiones en relatos escritos o que hayan incluido en sus memorias descripciones o fragmentos relacionados con su experiencia viajera por tierras españolas no es muy extensa, mientras que entre la numerosa colonia de italianos que residían en la España carolina -mercaderes, funcionarios, literatos, artistas e intelectuales-, no abundan los ejemplos de autores que nos hayan legado textos o testimonios como frutos de sus experiencias viajeras. Garms esboza una explicación a esta aparente paradoja o peculiar situación. Refiriéndose a

⁴ Menos favorable en cambio es la descripción que nos ha dejado el veneciano Casanova, quien algunos años después de su breve estancia española, traza una descripción despectiva del monarca en la que lo retrata como “testarudo como un mulo, débil como una mujer, materialista como un holandés”(citado en Garms, 100).

los antiguos lazos y a las seculares relaciones que habían regido la vida política y cultural en ambos países, advierte que:

Los viajeros italianos que llegaban a España se hallaban en una situación peculiar y ambigua. Escribían como súbditos de un país que dejaba atrás un siglo de estrechas relaciones con España, de dependencia política aún no desvanecida, pero también un intercambio cultural en el cual Italia daba siempre mucho más de lo que recibía (85).

Es posible que esta ‘ambigua’ y ‘peculiar’ posición en la que podían hallarse los italianos, haya llevado a algunos de ellos a no dejar huellas de sus impresiones, optando por no publicitar de este modo sus experiencias viajeras. Sea como fuere, la cuestión es que a los más conocidos testimonios que nos han legado Caimo y los literatos Baretti y Alfieri, es posible añadir tan sólo algunos pocos nombres, como los de Giacinto Cerutti y el de los lombardos Giuseppe Gorani y Pietro Giusti⁵. A ellos, con certeza, se podrían sumar apenas un par de nombres más: el célebre veneciano Giacomo Casanova y Giovanni B. Malaspina. El primero, quien llegó a entrevistarse en 1767 con el conde de Aranda, acabó recorriendo los caminos de España en verdad de modo accidental, tras verse obligado a huir de Austria, Polonia y Francia, siendo su verdadero interés el de participar de la vida social en la corte

⁵ Respecto al itinerario trazado por estos ilustres visitantes en tierras españolas, Garms recuerda que “el padre Caimo atravesó España desde Barcelona hasta Badajoz, renunció a continuar su viaje hasta Lisboa a causa del terremoto y siguió camino hacia el sur. Baretti emprendió su dirección inversa, pero no llegó a conocer el sur. El objetivo de Casanova era Madrid, y desde allí inició el regreso a su patria. Gorani deseaba visitar Cartagena por motivos personales y Alfieri, por último, en su viaje de vuelta desde Lisboa, no hizo prácticamente ninguna parada entre Andalucía y la frontera francesa. El norte no formaba parte de estas rutas, como tampoco León ni Burgos [...]. Los puertos de Barcelona y Cádiz -concluye el autor- se consideran los polos de este viaje, las ciudades más ‘europeas’: Barcelona en relación con su imagen urbana y su mentalidad y Cádiz debido sobre todo a su vida social” (90).

madrileña, especialmente en las fiestas mundanas y en los bailes de máscara que se celebraban en los Caños del Peral. Mayor interés reviste en cambio el viaje emprendido entre 1785 y 1786 por Malaspina como compañero del marqués de Vasto, luego que éste fuese nombrado ministro plenipotenciario del rey de las dos Sicilias ante la Corte de Portugal, y que lo llevaron a recorrer un periplo que, iniciado en Nápoles, abarcó Francia y Cataluña y concluyó en Madrid ⁶.

Todos ellos transitaron los caminos de la península en los primeros decenios del reinado de Carlos III ⁷, salvo Caimo, quien, como se ha precisado arriba, visitó el reino durante los últimos años de Fernando VI, entre 1755 y 1756. La mayoría de ellos manifiestan su visión crítica hacia el proceso político y la situación socioeconómica y cultural de la España de la Ilustración, en la que perciben más desaciertos que logros. Sin embargo, como nos revela el relato que nos ha legado Baretty y, años después, el texto de Malaspina, quien destaca las mejoras y los avances experimentados a partir de la llegada al trono de Carlos III, los testimonios que vuelcan en sus apuntes de viaje los italianos van despojándose conforme avanza la centuria de la animadversión y de los prejuicios que en cambio habían dominado la escritura viajera del monje jerónimo.

⁶ *La descrizione del viaggio di Giovanni Battista Malaspina* se halla depositado en el Fondo Malaspina del *Archivio di Stato* de Florencia. Debido a su condición social y al carácter aristocrático de la comitiva en la que participa Malaspina, y a diferencia de otros viajeros, debe precisarse que no abundan aquí las referencias a la realidad cotidiana y a la vida y costumbre de los pueblos que atraviesa, siendo la suya, como bien ha observado J. del Corral, más bien “una relación de acatamiento y protocolo” (189).

⁷ En aquellos primeros años del reinado carolino es posible reconocer también una importante presencia de destacados comediantes italianos representando en los escenarios de la península, especialmente en los madrileños (Barbone, Zanardi, Tedeschi, Baratti, Dottorella y Francescani, entre otros). Sin embargo, los mismos no pueden ser considerados en *strictu sensu* como viajeros, ni tampoco, debe precisarse, llegaron a legarnos relatos o diarios fruto de su experiencia viajera y estancia en tierras españolas. Véase García Mercadal (IV, 424).

II. Españoles en la Italia del siglo XVIII: itinerarios artístico-culturales y perspectiva social

Si en aquellos últimos decenios del XVIII España se hallaba, aunque no excluida, sí relativamente al margen del circuito viajero europeo, Italia por el contrario constituía una de las metas predilectas de los viajeros ilustrados. Para ellos, visitar las grandes ciudades de arte, como eran Roma, Florencia y Venecia o, aunque en menor medida, las ruinas de Pompeya y Herculano, eran destinos casi obligados para todo aquél que se aprestaba a emprender el *gran tour* por los caminos de Europa. En ese periplo de carácter instructivo, artístico y de recreo, como precisa Fabbri, Italia fue preferida por los viajeros españoles que han escrito “con dovizia di informazioni in resoconti sovente non privi di elevata qualità letteraria e in cui si riflettono i prevalenti interessi culturali degli estensori” (2000, 127).

Respecto a los testimonios procedentes de los textos viajeros que nos han dejado los italianos que recorrieron la península ibérica a lo largo del último tercio del siglo, la literatura que nos han legado los españoles como fruto de sus periplos por la Italia del *Settecento* se nos revela mucho más rica y variada, habiendo despertado el interés de la crítica en estos últimos decenios. Sumamente importantes han sido en este sentido las aportaciones que han trazado algunos hispanistas (entre otros Pradells Nadal, Giménez López, Martínez Gomis, Ríos, Frolidi, Tejerina y, de modo especial, Fabbri, quien en los últimos años ha venido dedicando continuados estudios al tema), orientadas a valorar debidamente las novedades y los múltiples estímulos que ostentan los diversos itinerarios socioculturales referidos al período en cuestión.

Si algunos viajeros permanecieron en Italia algunos meses, como es el caso de Baena, Viera y Clavijo y Nicolás de la Cruz, o, al máximo, pocos años (Leandro Moratín), recorriendo sus caminos, visitando sus ciudades de arte y participando de la vida cultural, otros, como los jesuitas Andrés, Lasalla, Luengo y el de otros muchos religiosos desterrados, acabaron afincándose en la península, desempeñando un rol clave como mediadores entre ambas

culturas en contacto y erigiendo sus escritos en testigos privilegiados del quehacer político y cultural de aquellos últimos decenios de la centuria.

Disponemos de algunas *peregrinaciones* que delatan este temprano interés hacia Italia como meta de interés filológico y cultural, como por ejemplo la escritura que da cuenta del segundo viaje que efectuó el humanista valenciano Manuel Martí a la *città eterna* entre 1717 y 1718.⁸ No debe olvidarse que el número de españoles que llegaban cada año a Roma para dirimir sus querellas y solucionar sus asuntos en la Curia, ya en los primeros lustros del nuevo siglo, era bastante elevado, entre seis y nueve mil. A ellos deben sumarse los estudiantes pensionados por el gobierno español que se trasladaban a la ciudad del Tíber para ampliar sus estudios de arquitectura, pintura y escultura en las Academias de la ciudad, que se sumaban a la “variopinta pléyade de españoles llegados hasta sus murallas atraídos por sus múltiples atractivos” (Pradells Nadal y Martínez Gomis, 62).

Para ceñirnos a la segunda mitad del siglo, es posible reconocer un número nada desdeñable de viajeros españoles e hispanoamericanos que transitan los caminos de la península italiana, muchos de ellos movidos, no tanto por cuestiones ligadas al espíritu de la técnica o la modernidad, sino por el afán de conocer, admirar y verificar sus riquezas artístico-culturales, descubrir novedades y de paso, vinculado al espíritu curioso del siglo, hallar motivos de qué asombrarse. Si los viajes por los caminos de España dan cuenta sobre todo de periplos filosóficos y morales, los viajes por la Italia del *Settecento*, por el contrario, trazan prevalentemente itinerarios artístico-culturales, como el que, atraído por el vasto patrimonio histórico-artístico que albergan sus

⁸ El propósito del viaje del latinista valenciano es el de fijar su residencia en Roma, por lo cual el suyo, más que un viaje vinculado al modelo del *gran tour* o referir un itinerario turístico-cultural, revela la intención de arraigarse definitivamente en la ciudad del Tíber, ciudad que él ya conocía muy bien, puesto que había vivido allí en sus años de juventud, entre 1686 y 1696, atesorando amistades y gratos recuerdos. Para sus impresiones romanas, pueden verse las primeras cinco cartas del epistolario que el humanista mantuvo con Felipe Bolofon (1979, 35-60). Véase también Guglieri Vázquez (68-73) y Pradells Nadal y Martínez Gomis (64 ss., especialmente).

ciudades, efectúa en las postrimerías del siglo, entre 1797 y 1800, el chileno Nicolás de la Cruz y Bahamonde (1760-1826), afincado desde su juventud en Cádiz y tutor del prócer de la independencia del país sudamericano Bernardo O'Higgins⁹. Otro ejemplo nos lo ofrece el periplo italiano del docto alicantino José Andrés (1740-1817), cuyas *Cartas familiares*¹⁰ todavía nos sorprenden “por la exactitud de la información, la agudeza de los análisis [y] la belleza de las descripciones” (1996: 415) y en las que se trasluce el vivo interés por los monumentos y las obras de arte, las galerías y los museos, la arqueología, y, de modo especial, el mundo del libro y las bien abastecidas bibliotecas italianas, provocando la vivaz admiración del viajero.

En otros casos, los viajes emprendidos en los últimos decenios del XVIII suelen ser mayormente instructivos, como el que entre 1777 y 1778 efectuó el académico canario José de Viera y Clavijo (1731-1813), de claros propósitos histórico-arqueológicos¹¹, quien al mismo tiempo se detiene -a veces recurriendo a un detallismo excesivo- a comentar la vida elegante y refinada que ostenta la aristocracia italiana. Aunque Farinelli definió el texto como apenas “algo más que un catálogo de hombres y cosas” (1929, II: 301), la narración no se halla exenta de agudos e irónicos comentarios sobre modos de vida, hábitos y comportamientos de príncipes, nobles, aristócratas, nuncios

⁹ Véase su *Viage de España, Francia e Italia* (1806-1813, 14 vols). Sin desconocer la abultada y a veces dispersiva información de notas y datos que recoge el viajero chileno, el erudito Farinelli juzgó negativamente el texto, definiéndolo de modo injusto como “un affastellamento indigesto di notizie scientifiche e artistiche, di spaventevole aridità” (1929, II: 303).

¹⁰ Existe una reciente edición de Giménez López (2004), de la que por ahora ha visto la luz el primer volumen referido a las primeras 11 cartas (Bologna, Toscana y Lacio), mientras que se anuncian para su próxima publicación los restantes dos volúmenes proyectados. Se señala asimismo que la investigadora Livia Brunori ha estado trabajando en estos últimos años sobre los escritos del padre Andrés, habiendo publicado recientemente los primeros dos volúmenes de su *Epistolario* (2006), mientras que los restantes dos tomos que completan esta valiosa obra verán la luz próximamente.

¹¹ Viera y Clavijo (1849). Véanse Ríos Carratalá (1991) y Fabbri (1991, 133-142).

y cardenales, así como de interesantes descripciones referidas a artistas, letrados y eruditos –italianos y españoles- que el viajero encuentra en su periplo italiano (entre otros Azara, García de la Huerta, Llampillas, el cardenal Conti, Galiani, Filangieri, el padre Martini, Bodoni y el cantante Farinelli, ya bastante anciano en aquellos años).

Del mismo modo interesantes también, aunque por momentos se trasluce su vena excesivamente apologista y conservadora, se nos revelan las diversas epístolas que entre 1776 y 1787 redacta el ex jesuita José García de la Huerta (1730-93), hermano del autor de *La Raquel*. García de la Huerta, quien residió en la ciudad de Bolonia hasta sus últimos días y recorrió casi toda la península a lo largo y a lo ancho, nos ha dejado en sus aún inéditas *Cartas críticas sobre la Italia*,¹² algunas interesantes impresiones sobre las más variadas facetas de la Italia del XVIII en las que domina el interés por el arte, la arquitectura y la cultura de la península, aunque es posible reconocer interesantes incursiones también sobre otros aspectos de la realidad italiana, como el clima, los sistemas de cultivos y la ganadería.

Las Cartas sobre la Italia relatan el viaje que su autor realizó en tres momentos diversos: de Génova a Reggio de Calabria, atravesando de norte a sur la península (primera etapa); desde Oneglia -en el Genovado- recorriendo diversas regiones del norte de Italia, visitando el Piamonte, el Ducado de Milán, el Véneto y otros estados (segunda etapa); desde Bolonia a varias zonas de la Toscana (tercera etapa). En este conjunto de trece cartas que el jesuita desterrado envía a un corresponsal anónimo y al que se dirige como *Vuestra Merced*, Huerta incorpora una miscelánea de temas, entre los que no

¹² El manuscrito de las *Cartas* (Bolonia, 1787) del jesuita expulso y hermano del célebre autor de *La Raquel*, aún inéditas, se encuentran depositadas en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander (Ms. 98). Es posible consultar otra redacción, con variantes, en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 6.482 y 6.483). Se precisa asimismo que acaba de publicarse recientemente la anunciada edición crítica del texto de García de la Huerta (Rímni, Panozzo, 2006). Lamentablemente no hemos podido acceder a dicha edición, editado por la profesora L. Brunori, al haber tomado conocimiento que el mismo había visto la luz cuando este trabajo se hallaba en proceso de revisión y corrección de pruebas.

faltan las referencias al clima de la península o a comentar el carácter de los habitantes que la habitan. No son pocas tampoco las referencias a la vida rural, con sagaces consideraciones dedicadas a la producción agrícola, al clima y los métodos de cultivo y los sistemas de irrigación.

Ahora bien, la experiencia viajera propiamente dicha se halla desarrollada tan sólo en la primera de sus *Cartas*, en la que el autor madrileño traza una descripción odepórica de los tres viajes efectuados a lo largo de la península, desde el puerto lígur hasta Reggio Calabria, situada en el extremo sur. Como se ha observado con razón, en sentido estricto sólo esta primera de las trece cartas pertenece de lleno al género de la literatura de viajes¹³, puesto que las restantes doce se hallan centradas en trazar en clave comparada con la italiana, una defensa exaltada de la cultura española, en la que no falta la nota polémica y la consabida confrontación.

En esta primera carta abundan las descripciones sobre la arquitectura y los monumentos de las ciudades que visita, con algunas incursiones sobre aspectos parciales referidos a la vida cotidiana (destacan la exaltación de las bellezas arquitectónicas de Génova, la descripción de los monumentos de Parma, Módena, Bolonia, Milán, ciudad ésta última que describe como ‘opulenta’ y ‘hermosa’, sus alusiones a Nápoles, “muy poblada y de mucha riqueza y nobleza” y la descripción de Viterbo “ciudad grande y hermosa”, entre otros ejemplos). Por lo que se refiere a los temas culturales que articulan los contenidos de las restantes doce cartas, es posible advertir el marcado tono apologético que las domina y que muy probablemente las ha originado. Impera en el texto la confrontación con la cultura italiana y de modo especial la polémica contra sus compañeros de orden religiosa, los

¹³ Véase Frolidi (1997, 85-90), Fabbri (1986, 362-3) y Brunori (I, 372-6). Para una aproximación al perfil del religioso español en la cultura italiana del siglo, puede consultarse Micozzi (53-60), aunque la autora proporciona algunos datos equivocados sobre la biografía del viajero español, confundiendo a José muy probablemente con otro hermano suyo, Pedro, quien residió también algunos años en Italia y volcó al italiano la tragedia *La Raquel*, redactada por su otro hermano, el más célebre dramaturgo Vicente García de la Huerta.

italianos Bettinelli y Tiraboschi, que habían puesto de manifiesto grandes reparos a España y su cultura. Huerta traza en estas cartas una encendida defensa de España y de su producción cultural, incorporándose el texto en esa larga corriente apologética que ocupa una parcela considerable en los escritos que nos dejaron los jesuitas desterrados, entre otros Llampillas, Serrano y Masdeu, quienes se afincaron y prosiguieron su actividad cultural y divulgadora en la nueva patria adoptiva.

Estas mismas descripciones orientadas a retratar aspectos variados de la vida cotidiana de la campiña con apreciaciones sobre métodos de cultivo y la producción agrícola pueden hallarse en el puntilloso relato de la peregrinación que desde su aldea andaluza de Arcos de la Frontera emprendió a Roma a inicios de los años sesenta el presbítero Clemente Antonio de Baena¹⁴. El suyo ha sido un viaje bastante curioso, cuyas motivaciones responden en verdad más a razones de orden coyuntural que a declarados propósitos de tipo cultural o científico, a saber la urgencia en dirimir ante las autoridades eclesiásticas de la Santa Sede una larga controversia que oponía a sus feligreses de la Iglesia de Santa María de la Asunción con las de la otra parroquia del pueblo andaluz, la Iglesia de San Pedro¹⁵. Sin embargo, ello no obstó para que el viajero dejase impresas sus descripciones sobre aspectos variados de la vida cotidiana de las ciudades y aldeas visitadas en su largo itinerario que desde el sur de España lo llevó hasta la *città Eterna*.

¹⁴ *De Arcos a Roma en 1761* (ed. de M. Mancheño y Olivares, Arcos, Tip. El Arcobricense, 1893). Ver a este respecto Fabbri (1985), cuya edición crítica del texto del presbítero andaluz, por noticias que recabo del sitio en la red del *Centro Studi sul Settecento spagnolo* de la Universidad de Bologna, verá la luz próximamente.

¹⁵ El viaje, que duró 6 años, no fue en balde y el 18 de julio de 1764, el papa Clemente XIII firmaba la definitiva sentencia a favor de la Parroquia de Santa María frente a la parroquia rival, otorgándole los títulos de “Mayor, más Antigua, Matriz y Prioral”.

II. a. *El Viaje a Italia* de Leandro Fernández de Moratín: crítica dramática y asimilación cultural

Es posible reconocer asimismo otros periplos, en el que lo recreativo y lo social se combinan con los propósitos específicamente culturales, como el conocido itinerario italiano emprendido en los últimos años de la centuria por el célebre dramaturgo Moratín (1760-1828), quien -gracias a una beca concedida por el entonces omnipotente ministro Godoy- tuvo ocasión de recorrer durante más de tres años, de 1793 a 1796, las más importantes ciudades de Italia (incluyendo en su itinerario Milán, Parma, Bolonia, Roma, Venecia y Nápoles, entre otras). En una misiva redactada en abril de 1793 al ministro y protector del dramaturgo, con el fin de solicitarle apoyo económico para proseguir su periplo europeo, Moratín le comunica la conveniencia de recorrer Italia antes de emprender su regreso a Madrid, puesto que “el estudio de sus antigüedades (ruinas magníficas del mayor Imperio del Mundo), sus cortes diferentes, las formas particulares de su Gobierno, las maravillas de las Artes, el estado de la literatura, sus theatros y otros muchos objetos, dignos de la atención de cualquiera que desea completamente instruirse, pueden añadirme nuevos conocimientos a los muy importantes que he adquirido” (1973, 154).

Desde Londres, el joven poeta le escribía a su amigo Juan A. Melón anunciándole su inminente viaje a la península con estas palabras que delatan toda su admiración hacia la cultura italiana y la pasión por las antigüedades que la península alberga: “Y si tú fueras hombre de bien (que no lo eres) irías a encontrarme a Génova, Milán, Bolonia u otra parte, e iríamos *insieme a baciare il sacro piede, e ad ammirare le spaventose meraviglie, e gli superbi avanzi della antichità*, que tanto recomendábamos al padre Navarrete” (1973, 137)¹⁶. En sus apuntes de viaje el autor madrileño nos ha dejado un cuadro

¹⁶ “[...] iríamos juntos a besar el sagrado pie y a admirar las espléndidas maravillas y los soberbios vestigios de la antigüedad que tanto recomendábamos [...]”. La traducción al español y el énfasis son míos. Se refiere a Juan Navarrete, contertulio del cenáculo poético que por iniciativa del padre Estala comenzó a reunirse hacia

representativo y sumamente perspicaz de la vida social y cultural del mosaico italiano de finales del XVIII, con una marcada atención hacia autores, textos y adaptaciones teatrales, condimentadas con sagaces observaciones sobre la intensa actividad dramática que allí se registraba. En tal sentido, es posible aseverar que su *Viaje a Italia*¹⁷ constituye una apreciable guía itinerante de los escenarios y de los gustos estéticos del público de la Italia de aquellos últimos años del siglo, trazando en estas páginas un estimable esbozo de crítica teatral y dramaturgia comparada.¹⁸

A través de oportunos y vivaces comentarios que modelan una prosa elegante y moderna, “mucho más moderna – ha advertido el filósofo y filólogo Julián Marías- que todo lo que se ha escrito después, hasta el 98” (128), el joven viajero asimismo emprende en estas páginas un inestimable tentativo de dramaturgia comparada ítalo-española del período¹⁹, como reflejo de un periplo en el que logran conjugarse sus objetivos más

inicios de 1780 en la celda que este último ocupaba en el Convento de la Victoria, en la Puerta del Sol madrileña. Además de Moratín y Navarrete, entre los asistentes que solían concurrir con cierta regularidad a dicha tertulia se contaban su amigo Juan Melón, Forner y en ocasiones también León de Arroyal.

¹⁷ El manuscrito del texto de Moratín (Mss. 5890) se halla depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Existe una reproducción digital del mismo que puede ser consultada en la red en el catálogo de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=7471. Las citas del texto proceden en cambio de la estimable edición de Tejerina (1991).

¹⁸ La bibliografía del *Viaje* de Moratín cuenta con una más que discreta bibliografía. Considerable atención le ha venido prestando especialmente Belén Tejerina, a quien debemos en primer lugar la espléndida edición crítica del texto moratiniano: además de la *Introducción* que precede su edición del texto moratiniano (1991, 9-70), se señalan otras importantes aportaciones (1980, 1986 y 1992). Para un conocimiento de los diversos estudios que se han ocupado del viaje del autor del *Sí de las niñas*, ver la amplia bibliografía que ha recogido la citada investigadora en su edición del *Viaje a Italia* (1991, 73-103).

¹⁹ Sobre este tema véase Álvarez Barrientos (1992). Además del ya citado estudio introductorio de Tejerina (1991), se aconseja también el panorama general que traza Lo Vasco (1929, 103-129).

claramente vinculados a sus inquietudes artísticas y culturales con los personales. Su marcada atención hacia la vida teatral no le impide al autor de *El sí de las niñas* percibir otros aspectos relacionados con la vida cultural que ostenta la península, como destacar la riqueza y vastedad de materiales que se hallan depositadas en las bibliotecas que visita, referir sobre el valor y la belleza de determinadas ediciones de textos o deslumbrarse ante las numerosas obras de arte que albergan las ciudades y que concitan su interés y curiosidad intelectual. Un ejemplo significativo de ello nos la ofrecen sus pasajes referidos a la ciudad de Parma, en la que la descripción de la fastuosidad del Teatro Farnese y de la contigua Biblioteca anexa al mismo Palacio, con sus precisiones sobre el novedoso sistema de catalogación de las fichas allí depositadas, despiertan la admiración del viajero:

El Teatro Antiguo es cosa magnífica; las dimensiones de este edificio, según La Lande, son 350 pies de largo, inclusa la escalera y vestíbulo; su ancho 96. La profundidad del teatro más de veinte toesas, su boca 36 pies, y la altura de la sala 60. Ésta tiene alrededor catorce gradas, al modo de los antiguos circos y teatros o de nuestras plazas de toros, quedando entre ellas y la escena un grande espacio vacío, como el que ocupan en nuestros Coliseos la luneta y el patio (...). Todo ello está lleno de estatuas y entre ellas hay dos ecuestres, inmediatas al proscenio; sorprende, por cierto, la magnificencia y buen gusto de esta obra (1991, 426)

La Biblioteca, que está en el mismo edificio, esto es, en el Palacio Farnese, es cosa muy buena, grandes salones con estantes magníficos, mucho aseo y buen orden, parece que el número de volúmenes ascenderá ya a 60 mil o poco menos; entre los manuscritos los hay muy raros. (...) los índices no están concluidos todavía; el método de ellos, que es el mismo que siguen en la Academia de las Ciencias de Burdeos, me pareció sumamente sencillo y cómodo. (1991, 427)²⁰

²⁰ Al igual que tantos viajeros que transitaron los caminos de Italia a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, el texto del Marqués de La Lande, *Voyage d'un français en Italie fait dans les années 1765 et 1766*, publicado en 1769, constituyó un valioso punto de referencia para Moratín en su itinerario italiano, habiéndose

Los apuntes moratinianos y las cartas referidas a sus años en Italia trasuntan la admiración del joven viajero hacia las artes en la península, al tiempo que corrobora su favorable impresión hacia el vivo ambiente cultural que constata en su recorrido a lo largo y ancho del país. En tal sentido, el escritor madrileño constata que “tan general es el estudio de las artes en Italia, que después de llenar las ciudades populosas, centro del lujo y de la riqueza, se extienden hasta los pueblo más reducidos, y en ellos se encuentra una prueba del genio artístico y de buen gusto de la nación”. (1991, 155-6)

Del mismo modo, el viaje italiano constituyó para el joven dramaturgo español una ocasión inestimable para visitar a los viejos amigos de su padre Nicolás, poeta y dramaturgo destacado del primer neoclasicismo, como el militar y crítico Bernascone, el poeta véneto Conti y el dramaturgo Napoli Signorelli, crítico teatral y traductor de casi todas sus comedias al italiano, quienes habían residido en Madrid entre los años sesenta y ochenta, participando activamente en la vida cultural de la capital del reino.²¹ El viajero madrileño aprovechará del mismo modo su periplo italiano para tomar contacto con algunos eruditos y literatos de prestigio, como Giuseppe Parini,²² ya bastante anciano, o con el propósito de visitar a intelectuales, religiosos y diplomáticos españoles afincados desde hacía años en Italia y en cierto sentido mediadores culturales entre ambas penínsulas. Entre las ilustres personalidades españolas radicadas en Italia con las que el joven dramaturgo tuvo ocasión de entrar en contacto en su periplo caben mencionar al padre Andrés, humanista y erudito de prestigio, Nicolás Azara, bibliófilo y embajador en Roma, y Simón Rodríguez Laso, académico de la de Historia y

servido del mismo para apoyar o ampliar en no pocas ocasiones las consideraciones y descripciones que enhebran su relato viajero.

²¹ Véanse a este respecto Cian (1896), Stiffoni (1994) y Quinziano (2003).

²² El prestigio y la celebridad de la que gozó el abate lombardo motivó que recibiese la visita de numerosos viajeros e ilustres visitantes que transitaban la península: además de Moratín, entre otros viajeros tuvieron ocasión de visitarle el padre Andrés y el chileno Nicolás de la Cruz.

de la de San Fernando, quien por largos años, desde 1788 hasta 1821, se desempeñó como rector del Colegio San Clemente de España de la ciudad de Bolonia.

En dicha perspectiva, su itinerario revela una importante red de vínculos y relaciones que habla de la amplitud de vínculos y amistades personales que el comediógrafo español habría logrado urdir en sus más de tres años en Italia y que en su mayoría remitía a nombres de prestigio vinculados a ambas culturas en contacto. Se ha notado que la comunidad de afectos y la exaltación del valor de la amistad, estrechamente asociada a la presencia de una nueva sensibilidad dieciochesca constituyó para los ilustrados uno de los bienes más preciados, erigiéndose en tema poético recurrente. En el caso de Moratín, la sociabilidad, el trato privilegiado entre amigos y el placer de la conversación constituyeron valores esenciales. En opinión del autor de *El sí de las niñas*, la amistad es percibida como “un sentimiento relativamente abierto de comunidad en el que los pocos elegidos pueden compartir sus vidas, haciendas y experiencias” (Pérez Magallón, 344).

A la muerte del distinguido poeta, el joven Leandro siguió frecuentando a los amigos de su padre Nicolás, entre ellos a los eruditos italianos Pizzi y Bernascone, “el mejor amigo de mi padre”, según palabras del mismo dramaturgo madrileño (1973, 86) y los literatos Conti y Napoli Signorelli, a quienes nunca dejó de manifestar su aprecio, estima y afecto sincero.²³ Las anotaciones crípticas que informan el *Diario moratiniano* (1970), preciado y obligado complemento de su abultada correspondencia, ofrecen un valioso testimonio de la asiduidad del trato que el autor de *La comedia nueva* siguió manteniendo con los eruditos recién aludidos. Su *Epistolario* nos indica además que el joven dramaturgo siguió tratando e interesándose por sus amigos italianos, después que casi todos ellos se habían marchado de España, regresando y radicándose nuevamente en su patria de origen. Moratín no dejará de visitarles durante el periplo que lo llevó a recorrer las más importantes comarcas italianas, siendo huésped suyo y compartiendo con ellos jornadas –cuando no meses, como en el caso del literato partenopeo

²³ A este respecto se remite a Quinziano (2002, 204-8).

Napoli Signorelli²⁴ – de intensa actividad social, artística o turística, condimentada con la evocación de los años y las vivencias por ambos compartidos en Madrid, como nos confirman las sugestivas páginas que informan su *Viaje a Italia*.

En julio de 1793 el joven dramaturgo le confirmaba desde Londres a su íntimo amigo Melón que hacia noviembre pensaba estar “en Nápoles, para pasar el invierno con [... Napoli] Signorelli” (1973, 157), prosiguiendo de este modo su *tour* por Europa. Moratín permanecerá en la ciudad partenopea algo más de cuatro meses, desde finales de octubre de 1793 hasta los primeros días de marzo de 1794, por lo general en compañía de su amigo y traductor de sus comedias Napoli Signorelli, quien, luego de su larga residencia madrileña, había regresado en 1783 a su ciudad natal, donde ejercía como Secretario de la *Reale Accademia delle Scienze*. Durante la mayor parte de este importante segmento temporal transcurrido en la ciudad del Vesubio, el comediógrafo español será huésped de su amigo napolitano. En otro lugar hemos señalado al respecto que “las anotaciones referidas a aquellos intensos meses que el madrileño registró puntualmente en su *Diario* ofrecen una clara confirmación de la asidua frecuentación, en algunos momentos casi cotidiana, que en aquellos meses compartieron ambos letrados, ya sea almorzando, bebiendo chocolate o café juntos, recordando los tiempos pasados en Madrid, discutiendo sobre el teatro español e italiano, o asistiendo ambos a las funciones teatrales vespertinas que tenían lugar en los coliseos de la ciudad” (Quinziano, 2002, 219-20).

En una primera impresión, como el mismo viajero español declara a su amigo Melón en su *Epistolario* a dos días de haber llegado a Nápoles, la ciudad italiana se le presenta llena de vitalidad y sumamente atractiva, ya que “hierve de gente [y] su situación es hermosísima [...]” (163). La crítica ha puesto de relieve las formidables dotes de observador perspicaz de las que hace gala el madrileño en sus apuntes de viaje, ejemplo de prosa moderna,

²⁴ Sobre el vínculo de amistad que unió a Moratín con el erudito y crítico teatral Napoli Signorelli, traductor al italiano de cuatro de sus cinco comedias, véanse Mariutti (1960) y Quinziano (2002, 204-231).

poniendo de realce Tejerina su “fino olfato de [...] sociólogo moderno” (1992, 224). Bien conocidas son en este sentido las eficaces descripciones que nos ha legado, acompañadas a veces de agudos comentarios, sobre la sociedad italiana del tiempo, como nos revelan las amplias páginas que le dedicó a la ciudad partenopea, tal vez las más sugestivas de su relato viajero. Sobre la agudeza y la sensibilidad del dramaturgo para captar ambientes y situaciones, baste recordar una vez más las certeras palabras de Julián Marías, quien destaca que todas las potencias del famoso dramaturgo “se exaltan en Italia: su capacidad de percepción, su ojo crítico, sus principios, y sobre todo su talento de escritor”, precisando al mismo tiempo que es “sobre todo en Nápoles y en Roma [...] donde Moratín llega a ser el extraordinario escritor que pudo ser” (127-8).

Como hemos anotado en otra oportunidad, en efecto, resaltan en estas amplias páginas las dotes de gran observador del autor español, quien traza una viva imagen de la ciudad partenopea²⁵, “no sólo de los lugares de interés artístico y cultural que ésta y sus alrededores ofrecían (Campodimonte, Campos Elisios, el sepulcro de Agripina, Palacios Reales de Caserta, Portici y Nápoles, iglesias y monasterios, bibliotecas y, por supuesto, las ruinas de Herculano, Stabia y Pompeya), sin olvidar las atracciones naturales y paisajísticas (el Vesubio, la Grotta del Cane y de Possillipo) que la circundan” (2002, 219), sino que en más ocasiones desplaza su atenta mirada al ámbito social y económico. En esta perspectiva, asombra “lo acertado de sus perspicaces impresiones sobre la caduca nobleza infatuada que dominaba la ciudad y el vasto mosaico social que la habitaba, atendiendo especialmente a los sectores marginados que allí residían: vagos, prostitutas y *lazzaroni*, entre otros” (Quinziano, 2002, 219).

Si el joven dramaturgo logra captar la amplia gama de aspectos culturales y sociales que configuran el mosaico italiano de finales de la centuria, su mayor interés, sin embargo, se halla dedicado a comentar los más variados aspectos de la vida teatral, ofreciendo valiosas informaciones sobre la

²⁵ Sobre la estancia del escritor madrileño en Nápoles y las impresiones que plasmó en su *Viaje a Italia*, véanse los estudios de Tejerina (1992) y Guarino (1993).

situación por la que atraviesa la escena en la península, condimentadas con interesantes observaciones sobre autores, obras, actores, tendencias y gustos, a partir de su privilegiada condición de hombre de teatro y espectador directo, por supuesto en función de su conocido mirador neoclásico. En algunos casos son tan minuciosos los datos incluidos, produciendo en no pocas ocasiones efectos dispersivos en su narración, que algunos estudiosos, como Lo Vasco, han supuesto que el autor meditase la idea de redactar una historia del teatro italiano (1929, 103, nota 1); aspiración que por lo demás podrían confirmar los apuntes en los que el autor dejó redactadas diversas observaciones y apreciaciones interesantes sobre algunas comedias españolas representadas y traducidas al italiano (Tejerina, 1982-83). Al abordar los escenarios de la península, Moratín advierte que en las tablas de Italia aún seguían gozando de gran popularidad las piezas dramáticas emparentadas con la tradición de nuestro teatro áureo (Calderón, Moreto, Tirso y, de modo especial, Lope), refundidas y adaptadas en general a los cánones de la comedia del arte²⁶, y cuyas representaciones –atestigua- en aquellos últimos años del setecientos continuaban concitando el interés y respondiendo a los gustos del público.²⁷

²⁶ Las piezas de los grandes dramaturgos auriseculares en su proceso de adaptación a los escenarios italianos sufrieron modificaciones de no poca entidad, deviniendo en algunos casos *canovacci* para su representación acorde a los moldes de la comedia del arte, distanciándose de los textos originales. De este modo muchas piezas adaptadas terminaron por tergiversar el mensaje y el espíritu de las obras representativas de nuestra dramaturgia clásica, como por ejemplo, *Il convitato di pietra*, de derivación tirsiana y *La vita è sogno*, de Calderón, por citar dos casos bien conocidos y suficientemente estudiados.

²⁷ Así, por ejemplo, cuando alude en su *Viaje a Italia* a la versión de la pieza de derivación tirsiana *Il convitato di pietra*, que Giambattista Lorenzi había redactado y cuya representación él había tenido ocasión de presenciar en la ciudad de Bolonia, recuerda que había acudido “tanta gente, que por no haber ya asientos, una gran parte de ella vio la comedia en el mismo teatro, y apenas quedaba lugar para la representación” (Moratín, 1991, 477). Sobre el célebre texto tirsiano en la cultura italiana del XVIII, remito a mi estudio (Quinziano, 2001), consultable también en versión digital en el catálogo de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

La alusión a ambos dramaturgos españoles, cuyo modelo teatral censura enérgicamente, es ocasión para describir y corroborar en clave comparativa y desde su prisma neoclásico la triste situación en que se encuentra- salvo contadas excepciones- la escena italiana, asimilándola a la que en aquellos mismos años imperaba en Madrid. En tal sentido, Moratín opina que “Italia tiene sus Zabalas, Comellas y Monzines que abastezen los Teatros de comediones hechos en quatro días *invita Minerva*, donde no hay asomo de ingenio, ni regularidad, ni cultura” (1991, 449).

El viajero constata, en efecto, que las obras derivadas de la comedia áurea española alternan en las carteleras italianas de aquellos últimos decenios del XVIII con las adaptaciones y refundiciones de las piezas de Luciano Comella y Gaspar Zavala y Zamora, las cuales, al igual que las comedias de derivación barroca, gozaban del aplauso del público italiano. Al aludir con tonos despectivos a las obras de ambos comediógrafos, basadas en la acentuación de sus componentes dramático-espectaculares y efectos visuales y por tanto poseedoras de todos los ingredientes que lograban concitar el interés del auditorio, recuerda que en los escenarios de Roma, “en cuanto a las comedias no salieron de la acostumbrada lista de Federici, Avelloni, Zabala y Comella, porque no hay mejores obras de que se provean las escenas de Italia, puesto que las piezas antiguas se han desterrado ya; por consiguiente, vi los Federicos, los Carlos XII, la Jacoba, El Calderero [de *San Germán*]”, todas ellas, obras de los dos últimos dramaturgos recién citados.²⁸ El madrileño corrobora que, al igual que en España, la búsqueda de la espectacularidad seguía ocupando un lugar destacado en los escenarios italianos, por lo que, no sin cierto desengaño, acabe concluyendo que “en la

²⁸ Los “Federicos” aluden a *Federico II, rey de Prusia; Federico II en el campo de Torgau*, y *Federico Ii en Glatz*, las tres de Comella, y traducidas al italiano por el cómico milanés Pietro Andolfati; “los Carlos XII” hace referencia a *Carlos XII, rey de Suecia*, de Gaspar de Zavala y Zamora; *La Jacoba* es comedia de Comella, mientras *El calderero de San Germán*, es de Zavala y Zamora, traducida al italiano por el citado Andolfati.

conurrencia y los aplausos con que el público las favoreció, conocí demasiado que no reina el gusto ático en la moderna Roma” (608).²⁹

El moratiniano constituye sin duda un texto clave por lo que respecta a la definición del género en el setecientos, puesto que ostenta todos los componentes representativos de la literatura viajera del siglo, guardando un indiscutible interés por la modernidad de su estilo y la perfección de una prosa sugestiva, por la atenta descripción y la perspicaz mirada sobre las pulsaciones y los comportamientos de la sociedad del tiempo, así como por la vastedad de intereses culturales y artísticos que lo informan. Por otro lado, desde el punto de vista de los estudios comparados, constituye una fuente inestimable para el conocimiento del drama italiano en los últimos años de la centuria, especialmente la dilatada dispersión que caracteriza su *Cuaderno VII*, desde la perspectiva de un exponente clave de la cultura ilustrada y la corriente neoclásica. Al mismo tiempo el *Viaje a Italia* es un texto que nos permite descifrar el influjo y ampliar nuestro conocimiento sobre el proceso de recepción de piezas y autores españoles en los escenarios de la Italia del *Settecento*. El viaje moratiniano constituye sin duda una interesante aproximación al vasto entramado que modeló la dramaturgia comparada hispano-italiana de los últimos decenios del setecientos. En este sentido, sus apuntes de viaje, gracias a las informaciones y a los sagaces comentarios dedicados a las obras que el dramaturgo tuvo ocasión de presenciar durante su recorrido por la península, puede ser concebido como un valioso ejemplo de crítica dramática comparada italoespañola, por supuesto desde la perspectiva que rige su concepción del teatro concebido como escuela de costumbres y transmisor de modelos de virtud y sana moral.

²⁹ Tejerina ofrece en el apartado final a su edición del *Viaje* moratiniano una lista muy útil sobre las obras que el dramaturgo había tenido ocasión de asistir en los teatros de la península y a las que alude con perspicaces comentarios en sus apuntes de viaje: ver su “Índice de obras de teatro” (1991, 725 ss.)

II. b. Las *Cartas familiares* de Juan Andrés y la ‘mirada’ de los jesuitas expulsos

La perspectiva de Moratín, como la del canario Viera y Clavijo y la del chileno Nicolás de La Cruz es la de aquellos que se acercan a la cultura y vida social italianas desde la perspectiva de la nueva mentalidad inquisitiva y crítica privativa de la Ilustración, trazando constantes comparaciones y confrontaciones entre ambas penínsulas. En otros casos, en cambio, es posible reconocer la peculiar posición que trasuntan los relatos de los españoles afincados más establemente en Italia, de modo especial la que proviene de la diáspora de los jesuitas expulsos, quienes nos han dejado testimonios valiosos de la sociedad y la cultura que los acogió. Estos viajeros, como son los casos emblemáticos de Juan Andrés y Manuel Lasalla (1738-1806), al tiempo que en sus comentarios y descripciones corroboran el buen conocimiento del mundo cultural italiano en el que se hallaban inmersos, trazan una descripción “desde dentro”, reflejando los puntos de vista de quienes, pudiendo avalorar su doble condición de españoles e italianos, recorren los caminos de la nueva patria adoptiva.

Como ejemplo de esta singular situación, que revela toda la admiración hacia la nueva cultura que los ha cobijado, no pueden ser más significativas y apropiadas las palabras del abate Andrés, humanista de prestigio afincado en la Italia de los últimos decenios del siglo. El erudito alicantino, refiriéndose a su recorrido por tierras italianas, en carta a su hermano, exclama con tonos elogiosos:

¡Qué bella cosa es la Italia, que por todos lados presenta objetos deliciosos e instructivos, y en todas partes entretiene al viajante con gusto y con provecho! (1786, III: 3)

Con toda probabilidad es Andrés el ejemplo más significativo que alude a esta doble condición de hispanoitaliano, felizmente integrado en la cultura italiana que lo ha acogido, pero que no ha olvidado sus orígenes y su pertenencia a la cultura española, a la cual permaneció ligada hasta sus

últimos días. En tal sentido, Tejerina advierte con razón que las impresiones que informan sus *Cartas familiares* “son las de un viajero en su patria y no las de un transeunte como acostumbraban ser las de los extranjeros” (1986, 276). En esta misma línea, Ríos Carratalá recuerda con razón que el jesuita jamás se consideró un “exiliado, o un extraño, en Italia” (1992, 90). Andrés es uno de los exponentes más significativos de esa original cultura de matriz hispanoitaliana del último tercio del dieciocho, articulada en torno a variados intereses y amplios saberes y que tuvo en la diáspora jesuita afincada en Italia a uno de sus principales animadores. En su conjunto, el de los jesuitas emigrados constituye un corpus sumamente significativo que abarca diversos campos del saber científico y cultural, destacándose por la amplitud de los intereses que ha albergado y por el inestimable esfuerzo que dicha producción cultural supuso hacia un mejor conocimiento de España en la Italia de aquellos años. Este espacio cultural compartido por ambas tradiciones literarias, cuyos componentes y alcances muy bien indagó Batllori (1966), funda un proceso de mutua recepción, desbrozando el camino hacia una ‘reconciliación’ entre ambas culturas en contacto.

La destacada labor desempeñada por estos desterrados afincados en Italia, como la mayor parte de las obras que ellos dieron a la luz, se halla orientada a divulgar en la península las obras y autores de carácter hispánico, con el objeto de recuperar sus glorias y de ampliar los contactos con Italia, al tiempo que a través del inestimable instrumento de la traducción se hallan empeñados en difundir la cultura española en las letras de Italia y Europa entera. La amplia y larga presencia de los desterrados en la península italiana y las novedades que su actividad en los diversos campos del saber y la cultura supuso, de hecho promovieron una mayor aproximación entre ambas penínsulas, superando las polémicas antiespañolas y antijesuíticas ampliamente arraigadas en algunos círculos culturales.

De Andrés, humanista de gran prestigio, enciclopedista vinculado al pensamiento crítico de la Ilustración y autor de una de las primeras historias literarias y culturales de valor universal, la monumental *Dell'origine, progresso e stato attuale d'ogni letteratura*, Batllori ha señalado que, a pesar de sus grandes méritos por lo que respecta a la cultura española, “pertenece

más directamente a la cultura italiana del siglo XVIII, de la que fue uno de sus más altos exponentes en el campo de la erudición enciclopédica” (1961: 156-7)³⁰, atendiendo a la importante labor desarrollada en su destierro italiano y a su plena inserción en la cultura del *Settecento*³¹. Sus *Cartas familiares* constituyen uno de los modelos más interesantes en la variada literatura de viajes del período y sus apreciaciones suponen una total asimilación cultural, a la vez italiana y europea. En sus comentarios e impresiones sobre las diversas ciudades italianas a las que alude, en los que se trasluce de modo innegable la finalidad instructiva y divulgadora que preside la obra y remitidas en forma de carta a su hermano Carlos, aunque en verdad los reales destinatarios e interlocutores son los hombres de cultura en España, el autor alicantino no sólo hace gala de su sólida formación enciclopédica y su condición de estimado erudito y bibliófilo de fama europea, sino que simultáneamente confirma poseer un conocimiento amplísimo de la realidad cultural italiana, como así mismo una aguda capacidad de observación, vinculada a su innegable inquietud intelectual y curiosidad científica.

Andrés vierte en estas *Cartas* sus impresiones y reflexiones sobre el patrimonio artístico y cultural que exhiben las ciudades que visita, algo más de veinte, durante los años 1785 y 1791. El suyo es un viaje en el que destacan los contenidos eruditos y divulgadores, vinculados a su dilatada curiosidad intelectual y en los que emergen los intereses y el entusiasmo del bibliófilo y del erudito por el mundo de los libros, por las bibliotecas, los

³⁰ “appartiene più direttamente alla cultura italiana del secolo XVIII, della quale fu uno dei più alti esponenti nel campo dell'erudizione enciclopedica” (la traducción al español es mía).

³¹ Bien significativo es el retrato que del ex jesuita nos ha dejado el mismo Leandro Moratín, con ocasión de su breve visita de la ciudad de Mantua en mayo de 1795, donde entonces residía el erudito alicantino. El dramaturgo madrileño evoca en su diario de viaje su figura y resalta que “a su mucha erudición y buen gusto”, añade “un caracter amabilísimo”, precisando en tonos de admiración que nadie salía de la ciudad lombarda “sin antes haber visto al abate Andrés, [...] célebre ya por su obra de la literatura universal” (1991, 560).

archivos y las academias (Lo Vasco, 1940). Al mismo tiempo no son pocas las veces en que el viajero se detiene a comentar el paisaje arquitectónico y las bondades artísticas de las ciudades que visita, aunque en ellas es posible percibir cierta generalización y, como se ha observado, “la repetición de un esquema fijo para dar cuenta de sus visitas a las diferentes ciudades” (Ríos Carratalá, 1992, 95).

Un ejemplo de su decidido interés por los valores arquitectónicos, además de su admiración hacia el patrimonio artístico italiano, nos la ofrece su exaltada descripción de la ciudad de Florencia, cuya “hermosa vista [...] y amenos contornos hacen olvidar la dureza y la aridez de los montes [de los Apeninos] que se han pasado” (1786, I: 42):

¡Qué cosa bella es Florencia con sus calles generalmente derechas, anchas y bien enlosadas, con casas y edificios de buena arquitectura, y muchos de ellos soberbios, con plazas bien adornadas, con muchas estatuas, columnas y fuentes y otros ornatos, con un hermoso río que la divide en dos partes, unidas por cuatro puentes magníficos y con los más alegres y risueños alrededores que se puedan imaginar! (1786, I: 42-3)

El propósito del autor es el de aproximar la realidad artística y cultural italiana a sus amigos y colegas españoles con quienes comparte las mismas inquietudes eruditas y preocupaciones de progreso y reforma. En tal sentido, nos dice Ríos Carratalá, la finalidad de las *Cartas familiares* es la de informar a sus conciudadanos en España sobre “una vida cultural, unas instituciones y unos comportamientos relacionados con la cultura, que él consideraría modélicos o, al menos, como dignos de ser imitados en una España donde era muy difícil realizar una tarea como la del propio P. Juan Andrés. De ahí la riqueza de la información –especialmente en el campo de las bibliotecas públicas y privadas- y los positivos comentarios sobre unas actitudes –sobre todo, el mecenazgo cultural de la nobleza- e instituciones, concluye el investigador, que él consideraba dignas de imitación”. (1992, 89) Las *Cartas familiares* delatan la primacía de los intereses culturales y eruditos que han promovido el itinerario italiano del literato levantino, al tiempo que ofrecen

útiles informaciones e interesantes observaciones sobre diversas personalidades de la cultura y del saber que desempeñaron un rol clave en el proceso de mediación entre España e Italia. Ellas nos permiten recomponer además la red de contactos y de relaciones y el denso clima cultural que caracterizó algunas de las ciudades italianas que dieron signo de gran vitalidad y de mayor permeabilidad a la circulación del nuevo pensamiento y de las nuevas ideas estéticas.

Un ejemplo significativo de esto último puede leerse en las páginas dedicadas a valorar la estimable labor de mecenazgo y difusión cultural que en aquellos decenios desempeñaba el bibliófilo José Nicolás Azara (1730-1804), agente de preces y luego, desde fines de 1784, ministro y embajador español en Roma. Gran conocedor de la cultura clásica italiana, fue Azara sin duda un ‘cicerone’ ideal para todo español que transitó por la Ciudad Eterna, habiendo gozado de su amable trato y amistad. Cabe recordar que durante su larga estancia de más de tres décadas, entre 1765 y 1797 en la ciudad del Tíber, el erudito aragonés logró conjugar sus responsabilidades diplomáticas con sus amplias aficiones culturales, literarias y artísticas, desarrollando una encomiable labor de difusión cultural que lo acredita como una de las personalidades que con mayor ahínco volcó sus esfuerzos en el fortalecimiento de las comunicaciones culturales hispanoitalianas.

Al evocar su visita al distinguido diplomático en sus días en Roma, Andrés precisa en su Carta I, fechada el 16 de mayo de 1786, que “en Roma está por Ministro el señor don Josef Nicolás de Azara y es respetado no sólo por su carácter, sino por su talento, saber y gusto. Yo no pude ver su galería, porque entonces se estaban preparando las estancias para ella, pero oí celebrar varias antigüedades y cuadros suyos, particularmente los de Mengs, Murillo y Velázquez. Tampoco estaba en orden su biblioteca, pero una vez, que le hallé colocando en ella sus libros, vi varios clásicos griegos y latinos de las mejores ediciones, algunos raros y todos bien conservados” (1786, I: 12-13).

La crítica no se halla concorde a la hora de valorar el texto del abate alicantino, habiendo pusto algunos estudiosos en discusión incluso su pertenencia al género de la literatura de viaje. Fabbri ha enfatizado el valor de las *Cartas familiares*, considerando que en su conjunto ofrecen una visión

vasta y profunda de la sociedad italiana de aquellos decenios, al tiempo que su prosa se impone gracias a “la elegancia estilística y a la variedad de intereses, a la agudeza de sus análisis, a la docta competencia del autor a la hora de afrontar los temas más diversos” (2000, 128)³². En dicha perspectiva las *Cartas* reflejarían, junto a la prosa moratiniana, una de los ejemplos más interesantes que nos habría legado el género de viajes en la España del XVIII. Por el contrario, otros han puesto en duda su misma pertenencia al género. Esta es la opinión por ejemplo de Ríos Carratalá, quien advierte que en Andrés se halla casi del todo ausente la descripción paisajística, mientras que “la función crítica propia de un relato de viajes es ejercida muy moderadamente” (1992, 93). Al mismo tiempo el estudioso apunta que la presencia de observaciones críticas e impresiones y emociones personales presentes en el texto son más bien limitadas. Al comparar el texto del erudito español con el viaje moratiniano, Ríos concluye que “a diferencia de un Moratín que tantos y tan heterogéneos ambientes supo captar en su viaje por Italia, las *Cartas familiares* se limitan salvo en esporádicas ocasiones al mundo intelectual -amplio en sí mismo- de un erudito dieciochesco” (1992, 95)³³.

Aunque coincidimos parcialmente con esta última observación y concordamos con el carácter informativo, eminentemente erudito, selectivo y especializado que domina el texto de Andrés, somos de la opinión que sus *Cartas familiares* pertenecen plenamente al género de la literatura viajera, puesto que son el fruto de la experiencia personal del autor en su calidad de viajero y de testigo de un itinerario, por supuesto no elegido al azar, sino intencionalmente fijado en función de sus propósitos esencialmente estéticos,

³² “(...) l’eleganza stilistica e la varietà degli interessi, l’acutezza delle analisi, la docta competenza dell’autore nell’affrontare i temi più diversi” (la traducción al español es mía).

³³ En dicha perspectiva, Ríos redimensiona la capacidad de observación del jesuita español, enfatizando el carácter eminentemente divulgador e instructivo del texto, observando que “las opiniones del P. Juan Andrés sobre el arte y la literatura de la época son escasas y un tanto superficiales en las *Cartas*” (1992, 94).

eruditos y divulgadores. En las *Cartas*, la mirada personal del viajero se halla atestiguada en su escritura, aunque su preocupación se halle más orientada a transmitir ejemplos y a ofrecer posibles modelos para promover la renovación cultural en España que a describir y profundizar los variados aspectos que ofrece la realidad italiana de aquellos años (paisajes, caminos, comida, precios, alojamientos, monumentos históricos, etc.) y que organizan la mayoría de los relatos que nos han legado los viajeros dieciochescos.

La literatura viajera de la segunda mitad del dieciocho le otorga nuevas posibilidades a la prosa, habiendo atestiguado sus autores en sus apuntes los centros de interés más directos que habían motivado los diversos periplos italianos, y plasmados generalmente, como ha observado Fabbri, en una prosa por lo general “vivaz y estimulante” (2000, 123)³⁴, de la que sin duda el viaje moratiniano constituye su más alta expresión. Si la prosa se erige en canal privilegiado fue moldeando la nueva literatura de viajes en el XVIII, disponemos también de algunos contados ejemplos de narraciones viajeras que no se amoldan al estilo de la prosa. Un ejemplo interesante lo constituye el curioso texto escrito por Manuel Lasalla, *Viaggio da Bologna a Ferrara*, redactado en endecasílabos sueltos. En este breve relato el eminente crítico y dramaturgo valenciano describe la arquitectura y el patrimonio artístico de la ciudad de Ferrara y Bolonia, ciudad esta última donde el autor residió luego de la expulsión de la Compañía de Jesús, a las que se añaden interesantes incursiones sobre el paisaje campestre que se extiende entre ambas ciudades de la Emilia Romagna³⁵.

Si la perspectiva de Andrés es la del erudito vinculado a las ideas reformistas e ilustradas de su siglo, la mirada de Lasalla se halla más próxima a la de sus amigos y compañeros de religión Juan B. Colomé, Juan Salazar

³⁴ Su párrafo “Relazioni di viaggio” (2000, 122-133), constituye una estimable síntesis, con alguna actualización bibliográfica, de su más amplio texto dedicado a la literatura de viajes (1996, 407-423).

³⁵ El viaje del religioso español fue editado por Fabbri (1995), mientras que el manuscrito, *Viaggio da Bologna a Ferrara*, con la signatura M-573/13, se halla depositado en la Biblioteca Universitaria de Valencia.

y Bernardo García. Aunque no se halla directamente vinculada a la corriente conservadora ni se halla inspirada directamente en los ideales del pensamiento *antiilluminístico* que encontró no pocos adeptos en el seno de la diáspora de jesuitas emigrados (Van Thjulen y Tomás Serrano, entre otros), sus consideraciones aluden a un reformismo más moderado respecto del que ostentó el autor de las *Cartas familiares*. En Lasalla se incorporan las instancias morales e ideológicas del nuevo pensamiento de la Ilustración, a través de una perspectiva de moderada renovación que, en aquellos años finales de la centuria, encontró en la tragedia de inspiración neoclásica un canal privilegiado de expresión orientado a la definición de nuevos modelos de virtud y sana moral. Otro ejemplo representativo lo constituye el diario, hasta hace poco inédito, que nos ha legado Nicolás Rodríguez Laso, quien entre 1788 y 1789 recorrió algunas regiones de la península en compañía de su hermano Simón, rector del Colegio de San Clemente de Bolonia, y el distinguido novelista Montengón.³⁶

Otra parcela de relieve vinculada a la cultura hispanoitaliana que nos ha legado la diáspora de los desterrados la constituyen los relatos, algunos de ellos anónimos³⁷, que se refieren a los viajes y a las penalidades y peripecias que debieron afrontar los religiosos expulsos en su poca afortunada travesía marítima hacia los territorios de la Santa Sede en razón de la Pragmática carolina de 1767 que había decretado su expulsión de los territorios del reino.

³⁶ El manuscrito redactado por Nicolás Rodríguez Laso, *Diario del viaje de Francia e Italia. Año de 1788* es posible consultarlo actualmente en la biblioteca del Monasterio de Cogollado (Mss. 84). Desde hace muy poco disponemos afortunadamente de una cuidada y ampliamente anotada edición crítica realizada por Astorgano Abajo (2006), que acaba de salir a la luz. Además del exhaustivo estudio introductorio de Astorgano, se puede consultar el artículo más parcial de Giménez López (1996).

³⁷ Ver “Diario breve de la navegación a Italia, de autor anónimo”, Giménez López-Martínez Gomis eds., 1995 (accesible en versión digital: www.cervantesvirtual.com/bib_tematica/jesuitas/seleccion_textos/seleccion_textos_10.shtml).

En tal sentido disponemos de relatos en forma de diarios, como el que nos han legado los Padres Paramas y Luengo³⁸, o el *Memorial* que elevó el padre Isla al rey Carlos III con el fin de hacerle presente las penosas condiciones en las que los jesuitas expulsos habían realizado su viaje por el Mediterráneo hasta recalar en Córcega, refiriendo de modo especial acerca del hacinamiento, las privaciones, la falta de higiene, la escasez y mala calidad de la comidas.³⁹ Asimismo en varios de estos relatos abundan las alusiones y las consideraciones acerca de las vicisitudes y las condiciones de precariedad en que se efectuaban las travesías marítimas entre ambas penínsulas, por lo general desde Génova hasta Barcelona, con su carga de zozobras, penurias e incertidumbres.

En estos textos en forma de Diarios o Informes (Paramas, Isla, Luengo, entre otros) los desterrados de la Compañía de Jesús relatan los infortunios y las privaciones de su azaroso viaje a Italia o bien las penurias de su regreso a tierras de España, como así también, una vez afincados en la Legación pontificia, sus impresiones y apreciaciones en clave comparada desde el nuevo mirador que les suministra su nueva patria adoptiva. Al mismo tiempo, como nos demuestra el Diario del padre Luengo, el texto puede erigirse en fuente documental de innegable valor, proporcionando datos no desdeñables sobre la cambiante situación socio-política que atraviesa Italia en aquellos últimos decenios del siglo, acompañados en algunas ocasiones de perspicaces

³⁸ El *Diario* del Padre Luengo se halla custodiado en el Archivo Histórico de Loyola, en la sección *Escritos de jesuitas del s. XVIII*. Afortunadamente disponemos ahora de una reciente edición crítica referida al tomo 32 de los diarios del jesuita desterrado, al cuidado de Fernández Arrillaga (2004) y que se centra en el viaje de regreso que Luengo efectuó desde Génova hasta Cataluña entre marzo y junio de 1798. Pueden consultarse también las *Memorias de un exilio* que redactó el jesuita vallisoletano, editado por la misma investigadora (Luengo, 2002).

³⁹ Véase Giménez López (1997, 197-211), e Isla (1999), consultable este último en la red en: www.cervantesvirtual.com/bib_tematica/jesuitas/seleccion_textos/seleccion_textos5.shtml.

comentarios y de valoraciones sobre las perspectivas futuras (Luengo, 2004, 9-89).

III. Estado de la cuestión: aportaciones y lagunas

El interés hacia la literatura de viaje en las letras españolas ha ido creciendo y ampliando sus horizontes en estos últimos tiempos tanto en el campo de la crítica como el de la historia literaria, echando por tierra desde hace ya varios decenios la conocida opinión de Marañón, para quien los libros de viaje, los memoriales y los epistolarios habían configurado el “punto flaco de la literatura española” (12).

En el caso de los libros y relatos de viajes referido al último tercio del setecientos español y más específicamente a la escritura centrada en los periplos registrados en la Italia de finales de la centuria, la labor de recuperación de textos ha sido notable en estos últimos dos decenios. En este sentido merecen recordarse principalmente los diversos estudios que Belén Tejerina le ha venido dedicando al viaje moratiniano y que se integran a su valiosa y varias veces citada edición del texto del comediógrafo español, los artículos de Ríos Carratalá, referidos a Viera y Clavijo y Andrés y, de modo especial, las diversas aportaciones que desde hace algunos años viene realizando el profesor italiano Fabbri, ampliando nuestro conocimiento sobre la escritura de viaje en la Italia del período, ya sea a través de aportaciones críticas como por su constante labor de recuperación de textos rescatados del olvido (Baena y Lasalla). A ellos pueden añadirse la importante tarea que en estos últimos años han venido realizando los profesores Martínez Gomis y López Jiménez, cuyos esfuerzos en el marco de una más amplia recuperación de la labor y la obra de los jesuitas expulsos en la Italia del XVIII que viene desarrollando la Universidad de Alicante, se han visto encaminados a editar los diarios de viaje del exilio que en sus días redactaron los religiosos desterrados (algunos de ellos accesibles afortunadamente en versión digital

en la *Biblioteca Virtual Cervantes* en el portal temático dedicado a los jesuitas).

En esta misma dirección merece destacarse la importante labor emprendida en estos últimos años por Fernández Arrillaga, orientada a recuperar en sendas ediciones críticas dos textos valiosos y complementarios entre sí del Padre Luengo (2002 y 2004), el *Diario* que da cuenta de su regreso a España y sus *Memorias de un Exilio*. Del mismo modo considerable ha sido la importante tarea de recuperación de ediciones crítica de textos claves llevada a cabo por investigadores de la misma universidad alicantina, como la reciente publicación de las *Cartas familiares* de Andrés, editada por el profesor Giménez López (2004). En esta misma línea de investigación, merece destacarse la esperada edición crítica de las *Cartas de la Italia* de José García de la Huerta, que acaba de publicar Livia Brunori, de la Universidad de Bolonia.

Ahora bien, sin dejar de poner de realce esta importante y meritoria tarea de recuperación de textos viajeros, hay que recordar que hay otros textos que aún esperan ser reeditados a través de ediciones críticas actualizadas y fiables filológicamente, como el *Viaje* del presbítero Baena, cuya única edición data de finales del XIX, o para desplazarnos al campo de los viajeros hispanoamericanos –que por obvias cuestiones de espacio nos hemos visto obligados a pasar por alto en estas páginas- el interesante testimonio que escribió el patriota venezolano Francisco Miranda referido a su periplo italiano, en el marco de su viaje a Europa, y cuyos manuscritos se hallan depositados en la Academia de la Historia de Caracas⁴⁰. Asimismo nos hallamos a la espera de que pronto vean la luz otros textos inéditos que aún yacen, sumergidos entre el silencio y el polvo, en los estantes o anaqueles de los archivos o las bibliotecas setecentistas, como el interesante *Diario del*

⁴⁰ Existe una edición reciente que recoge los *Diarios de viaje* del venezolano, redactados entre 1771 y 1790, compilada por M. Castillo Didier (Caracas, Monte Avila, 1992), pero se trata de una selección antológica; igualmente es posible consultar en la red (Biblioteca Virtual M. Cervantes) la versión digital a partir de la edición de Sánchez Barba (1977, 191-254).

Viaje a Italia del novator Pérez Bayer que recorrió los caminos de Italia a mediados del siglo, en 1754.

No es ocioso recordar que los textos que redactaron los viajeros pueden ser integrados con las miradas, las apreciaciones y los datos procedentes de la prosa testimonial, más de índole personal, como diarios, epistolarios, memorias y escritos autobiográficos que nos han legado eclesiásticos, diplomáticos, eruditos y hombres de saber y cultura en general. Al igual que la literatura viajera, estos textos pueden erigirse en fuentes inestimables para ampliar el conocimiento sobre un determinado momento cultural, conocer la evolución del gusto literario y atestiguar procesos de recepción, ofreciendo al mismo tiempo informaciones sobre determinadas presencias significativas y puntuales contactos culturales. Ello permite reconstruir relaciones personales y literarias, como asimismo corroborar o rectificar datos e impresiones personales presentes en los textos de viaje. En tal sentido algunas páginas arriba se ponía de realce la importancia del epistolario y del diario moratinianos, por ejemplo, en la perspectiva de trazar una visión más completa de su *Viaje a Italia*, al ofrecernos nuevos datos e informaciones, y por tanto en condición de cotejar y completar itinerarios, situaciones e impresiones, relaciones con personalidades del mundo cultural italiano, etc., que articulan su escritura viajera, despejando en ocasiones posibles dudas y en otras colmando lagunas. En dicha perspectiva, del mismo modo los epistolarios del padre Andrés y del canario Viera y Clavijo, recientemente publicados en ediciones críticas⁴¹, por citar otros dos ejemplos conocidos, constituyen sin duda textos imprescindibles que deben ser tenidos en cuenta a la hora de aproximarnos a sus relatos de viaje, siendo funcionales y

⁴¹ Los dos primeros volúmenes del *Epistolario* completo del padre Andrés, editados por Brunori, acaban de publicarse recientemente (2006), mientras que para los próximos meses se anuncia la publicación de los otros dos tomos que completan la obra. Asimismo, casi simultáneamente ha salido a la luz la edición crítica de las *Cartas familiares* del viajero y erudito canario, al cuidado de Fernández Hernández (2006).

complementarios a éstos, puesto que instauran una visión más completa de los itinerarios y de las impresiones y reflexiones que de ellos se derivan.

Los testimonios aquí velozmente señalados, fruto de las diversas experiencias viajeras en la Italia de los últimos decenios del *Settecento* e inicios del XIX, constituyen aportaciones estimables que refieren sobre los más variados aspectos que configuran la realidad social y cultural de la península, ofreciendo, según las motivaciones que guían al viajero, las impresiones o valoraciones que de algún modo se hallan mayormente vinculadas a sus centros de interés. Afloran de este modo noticias e impresiones sobre los más variados aspectos de la ‘nueva realidad’ que desfila ante los ojos del visitante extranjero: temas artísticos y culturales, de carácter social y político, definición de gustos y tendencias artísticas, descripciones de paisajes urbanos y campestres, costumbres, contactos y relaciones culturales, crítica social, etc.

Desde el más estricto mirador cultural vinculado a las relaciones hispanoitalianas, los relatos de viaje en la Italia del XVIII se erigen en insustituible fuente de información para recomponer una época o una coyuntura histórica-cultural como fueron los últimos decenios de la centuria, poblada por innumerables contactos e importantes recepciones que dieron lugar a una de las fases más intensas en el campo las relaciones culturales entre ambas penínsulas. Estrechamente vinculados al espíritu didáctico y utilitarista que preside el Siglo de las Luces, estos textos acrecientan nuestro conocimiento sobre los más variados aspectos que modelaron la vida social y cultural italiana en el dieciocho. En dicha perspectiva, y en función de la amplitud de saberes y de disciplinas que constituyen una parcela considerable de estos escritos y que han determinado las prioridades y el carácter de sus periplos, los viajeros españoles dieron vida a una vertiente literaria de gran relieve que, a través de valoraciones e impresiones, por supuesto tamizadas por los propósitos de aprendizaje, divulgación y confrontación que habían guiado sus itinerarios, tuvieron el mérito de aproximar aún más a ambas penínsulas, al tiempo que acrecentaron la presencia española en la península italiana e indirectamente en el horizonte cultural europeo.

IV. Conclusión

A modo de breve conclusión de este veloz *excursus* sobre la escritura que nos han legado los viajeros en los últimos lustros del XVIII, hay que poner de realce que, más allá de la presencia de tópicos ampliamente arraigados y de las respuestas que en clave polémica o apologética en varios casos promovieron, realimentando las controversias hispanoitalianas, los diarios y relatos de viajes favorecieron sin duda un mejor y mayor recíproco conocimiento, superando barreras y no pocos prejuicios y aproximando al mismo tiempo a ambas culturas.

De los textos viajeros de finales de la centuria se desprende un conjunto de saberes de carácter empírico y práctico que se inscriben en la visión didáctica y utilitaria que presidió la mentalidad de los ilustrados. A través de dichos testimonios, en la que no se halla ausente la nota íntima y personal, es posible captar y comprender las diversas miradas que los viajeros españoles, en función de las diversas motivaciones y centros de interés que los guiaron, fijaron en sus recorridos, informándonos sobre los más variados aspectos de la vida social y cultural que exhibía el mosaico italiano de finales de siglo. En dicha perspectiva, como se ha indicado, la experiencia viajera hace referencia a una de las parcelas de mayor relieve en las intensas relaciones que ambas culturas entablaron en la segunda mitad del siglo, contribuyendo de modo decisivo a la reavivación de contactos e intercambios interculturales.

No cabe duda que los relatos que nos han transmitido los viajeros ilustrados que transitaron la Italia de los últimos decenios del XVIII se erigen en valioso instrumento de aculturación y vehículo de libre circulación de ideas. En dicha perspectiva, las experiencias viajeras, y la escritura que de ella dio cuenta, fomentaron el proceso de reconciliación entre ambas penínsulas en contacto, en una perspectiva en la que, si no faltó -como era previsible-, la dolorosa confrontación y desengañada comparación, constituyó también un motor de integración y de profunda renovación social y cultural, suscitando nuevos intereses y renovados estímulos.

Bibliografía

- Álvarez Barrientos, J. (1992), “La experiencia teatral de Leandro Fernández de Moratín en Italia”, en *Italia e Spagna nella cultura italiana*, Roma, Accademia dei Lincei, 119-33.
- Álvarez de Miranda P. (1995). “Los libros de viajes y las utopías en el XVIII español”, en Víctor García de la Concha ed., *Historia de la literatura española. Siglo XVIII (II)*, 7, Madrid, Espasa Calpe, 682-719.
- Andrés, J. (1786-93), *Cartas familiares del abate Don Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785*, Madrid, A.Sancha, 5 vols. [Ed. crítica: Cartas familiares. I: Bolonia, Florencia, Roma, introducción y notas de E. Giménez López, Alicante, Universidad de Alicante, 2004].
- Andrés, J. (2006), *Epistolario de Juan Andrés y Morell (1740-1817)*, ed. de L. Brunori, Valencia, Biblioteca Valenciana, 4 vols, t.2.
- Baena y Manzano, C.A. (1893), *De Arcos a Roma en 1761*, ed. de M. Mancheño y Olivares, Arcos, Tip., El Arcobricense.
- Batlloori, M. (1961), “Juan Andrés”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, III, 156-7.
- _____ (1966), *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos.
- _____ (1987), “Presencia de España en la Europa del siglo XVIII”, en J. M^a Jover Zamora ed., *Historia de España* (dirigida por R. Menéndez Pidal). *La época de la Ilustración: El estado y la cultura*, Madrid, Espasa Calpe, tomo XXXI, vol. I, XXXIII-XXXVI.
- Brunori, L. (1986), *José García de la Huerta*, en M. Fabbri, *Viaggiatori spagnoli e ispano-americaeni*, Bologna, Il Mulino, 373-376.
- Cadalso, J. (2000), *Cartas marruecas-Noches lúgubres*, ed. de E. Martínez Mata, Barcelona, Crítica.
- Caimo, N. (1999), *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico [1759-67]*, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vols., vol.5 [1962], 757-848.

- Cian, V. (1896), *Italia e Spagna nel secolo XVIII. Giovambattista Conti e alcune relazioni letterarie fra l'Italia e la Spagna nella seconda metà del Settecento*, Turín, Lattes.
- Clavijo y Fajardo, J. (1762), *El Pensador*, Madrid, Ibarra.
- Corral, J. del (1988), *Viajes y viajeros en el Madrid de Carlos III*, en *Carlos III, alcalde de Madrid*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 177-200,
- Cruz Bahamonde, N. de la (1806-1813), *Viaje de España, Francia e Italia por D. Nicolás de la Cruz y Bahamonde*, Madrid y Cádiz, Sancha-Bosch.
- Enciso Recio, L. (1987), *Los cauces de penetración y difusión en la península: los viajeros y las Sociedades Económicas de Amigos del País*, en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, Tomo XXXI: *La Época de la Ilustración*, vol. I, "El estado y la cultura (1759-1808)", 5-22.
- Ette, O. (2001), *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*, México, UNAM (Colecc. Jornadas).
- Fabbri, M. (1985), "Il viaggiatore insonne. Diario di un presbitero andaluso alla Corte di Clemente XIII", *Spicilegio Moderno*, 19-20, 52-67.
- _____ (1986), "Viaggiatori spagnoli e ispano-americani", en *Viaggi e viaggiatori del Settecento in Emilia in Romagna*, Bolonia, Il Mulino, 339-410.
- _____ (1991), *Un buen pretexto para hablar de José Viera y Clavijo*, en Caldera E. y Frolid R. eds., *Entresiglos*, Roma, Bulzoni, 133-142.
- _____ (1994), "G. B. Conti, poeta, traduttore, cittadino insigne", en M. Fabbri ed., *Spagna e Italia a confronto nell'opera letteraria di G. B. Conti*, Lendinara, Panda, 19-56.
- _____ (1996), *Literatura de viajes*, en F. Aguilar Piñal ed., *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta-CSIC, 407-423.
- _____ (2000), *Il Settecento*, Florencia, La Nuova Italia.
- Farinelli, A. (1929), *Italia e Spagna*, Turín, Bocca.
- _____ (1942-79), *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, 4 tomos; I-

II, Roma, Reale Accademia d'Italia, 1942; III, Florencia, Accademia d'Italia, 1944; IV (póstumo), Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1979.

Fernández de Moratín, L. (1970), *Diario (Mayo 1780 – Marzo 1808)*, ed. R. y M. Andioc, Madrid, Castalia.

_____ (1973), *Epistolario*, ed. R. Andioc, Madrid, Castalia.

_____ (1991), *Viaje a Italia*, ed. B. Tejerina, Madrid, Espasa Calpe. [1ª ed., en *Obras póstumas*, ed. de J. Hartzenbusch, Madrid, Rivadeneyra, 1867-68, I: 271-587; II: 1-55].

Foulché-Delbosc, R. (1969), *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, Amsterdam, Meridian Publishing Co, [1896].

Froldi, R. (1998), “Le *Cartas críticas sobre la Italia* di José García de la Huerta”, en *Il viaggio e le letterature ispaniche*, Nápoles, Università dell’Orientale, 85-90.

García de la Huerta, J. (1785), *Cartas sobre la Italia*, Bolonia, (B. Nacional Madrid.: Mss. 6482-83) [Ed. crítica: *Cartas sobre Italia*, ed. L. Brunori, Rímìni, Panozzo, 2006]

García Mercadal J. (1999), *Viajes de extranjeros por España y Portugal* [1962], 1999, 6 vols.

García Romeral, C. (1997), *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*, Madrid, Ollero & Ramos.

Garms, J. (1988), “Viajeros italianos en España en época de Carlos III”, en *Carlos III, alcalde de Madrid. 1788/1988*, Madrid, Ayto. de Madrid, 85-108.

Giménez López, E. (1992), “El viaje a Italia de los jesuitas expulsos”, *Quaderni di filologia e lingue romanze*, 7, 41-58.

_____ (1996), “Los jesuitas expulsos en el *Viaje a Italia* de Nicolás Rodríguez Lasso (1788-1789)”, *Revista de Historia Moderna*, 15, 233-253.

_____ (1997), “La llegada de los jesuitas expulsos a Italia según los diarios de los padres Luengo y Peramás”, en Giménez López E. ed., *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*, Alicante, Universidad de Alicante, 197-211.

- _____ y Martínez Gomis, M. (1995), “Los diarios del exilio de los jesuitas de la Provincia de Andalucía” (1767), *Revista de Historia Moderna*, 13-14, 211-252.
- Gómez de la Serna, G. (1974), *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza.
- Guarino, A. (1993), “Società e politica a Napoli nel *Viaje de Italia* di Leandro Fernández de Moratín”, *Annali Istituto Universitario Orientale di Napoli XXXV*, 2, 499-505.
- Guglieri Vázquez, J. A. (1992), *Manuel Martí, latinista y autor latino*; tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Isla, J. F. de (1999), *Memorial en nombre de las cuatro provincias españolas de la Compañía de Jesús desterradas del Reino a S.M. el Rey D. Carlos III*. Estudio intr. y notas de E. Giménez López, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil Albert”-Diputación Provincial de Alicante.
- Lasalla, M. (1995), *Viaggio da Bologna a Ferrara*, M. Fabbri ed., Abano Terme, Piovan ed.
- Leed, E. (1991), *The mind of the traveler: from Gilgamesh to global tourism*, New York, Basic Books.
- Lo Vasco, A. (1929), *Il Viaggio in Italia di L. Fernández de Moratín*, Como, Soc. An.
- Lo Vasco, A. (1940), *Le biblioteche di Italia nella seconda metà del sec. XVIII dalle “Cartas familiares” del abate J. Andrés*, Milano, Garzanti.
- Luengo, M. (2002), *Memoria de un exilio: diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España (1767-1768)*, I. Fernández Arrillaga ed., Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
- Luengo, M. (2004), *El retorno de un jesuita desterrado. Viaje del P. Luengo desde Bolonia a Nava del Rey (1798)*, I. Fernández Arrillaga ed., Nava del Rey, Universidad de Alicante.
- Marañón, G. (1959), “Prólogo”, en Víctor de la Serna, *Nuevo viaje de España*, Madrid, Prensa Española.

- Mariás, J. (1971), “España y Europa en Moratín”, en *Los españoles*, Madrid, *Revista de Occidente*, 2 vols., I, 97-141.
- Mariutti de Sánchez Rivero, A. (1960), “Un ejemplo de intercambio cultural hispano-italiano en el siglo XVIII, L. Fernández de Moratín y P. Napoli Signorelli”, *Revista de la Universidad de Madrid*, 763-808.
- Marotta Peramos, M. (1991), *Viajeros italianos del Settecento y su visión de Madrid*, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, 1991. Tesis doctoral (leída el 25-09-1991). Disponible en la red: www.ucm.es/eprints/view/creators/Marotta_Peramos,_Mirella.html
- Micozzi, P. (1996), “La personalidad y la obra de José García de la Huerta en el contexto de la cultura hispano-italiana del siglo XVIII”, en E. Giménez, M. A. Lozano y J. A. Ríos eds., *Españoles en Italia e italianos en España*, Alicante, Universidad de Alicante, 53-60.
- Miranda, F. de (1977), *Diario de viajes y escritos políticos*, Madrid, Ed. Nacional, 191-254.
- Miranda, F. de (1992), *Diarios y viajes*, ed. de M. Castillo Didier, Caracas, Monte Ávila.
- Ortega Ramón, J. J. (2006), “La descripción en los relatos de viajes: los tópicos”, *Revista de Filología Románica*, anejo IV, 207-232.
- Pérez Bayer, F. (1754), *Diario del viaje a Italia; junio-setiembre de 1754*, Biblioteca universitaria de Valencia (Ms. 935 y Ms. 967).
- Pérez Durá, J. (1979), *Epistolario de Manuel Martí, dean de Alicante y Felipe Bolifón*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos.
- Pérez Magallón, J. (1999), “Escritores y amigos, el caso de Moratín y Melón”, en G. Carnero, I. J. López y E. Rubio eds., *Ideas en sus paisajes. Homenaje al Prof. Russell P. Sebold*, Alicante, Universidad de Alicante, 339-351.
- Pradells Nadal J. (1996), “Italianos en la España del siglo XVIII”, en E. Gómez, M. Lozano y J. A. Ríos eds., *Españoles en Italia e italianos en España*, Alicante, Universidad de Alicante, 61-75.
- _____ y Martínez Gomis, M. (1992), “Viajeros españoles en la Roma de la primera mitad del siglo XVIII”, *Quaderni di Filologia romanze* (Universidad de Macerata), 7, 59-83.

- Quinziano, F. (2001), “El *Burlador* de Tirso en la cultura italiana del XVIII, historia y perfil de una recepción”, en L. Dolfi y E. Galar eds., *Tirso de Molina, textos e intertextos*, Madrid-Pamplona, Revista Estudios-Instituto de Estudios Tirsianos (GRISO), 289-325.
- _____ (2002), “Pedro Napoli Signorelli y Leandro Fernández de Moratín: mistad, afinidades e influjos literarios”, *Ehumanista. Journal of Iberian Studies*, 2, 188-236. En internet: www.spanport.ucsb.edu/projects/e-humanista/
- _____ (2003), “*Caro soggiorno*: Pedro Napoli Signorelli en la España del XVIII”, *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, 26.2, 241-264. Versión ampliada en V. González Martín ed., *La Filología Italiana ante el Nuevo Milenio (Actas de la SEI, Salamanca, 2002)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 551-573.
- Ríos Carratalá, J. A. (1991), “El viaje de Viera a Italia”, *Quaderni di filologia e lingue romanze*, 6, 7-20.
- _____ (1992), “Las Cartas Familiares de Juan Andrés”, *Quaderni di filologia e lingue romanze*, 7, 86-99
- Rodríguez Laso, N., (1788), *Diario del viaje de Francia e Italia. Año de 1788*, Biblioteca del Monasterio de Cogollado (Mss. 84); ed. de A. Astorgano Abajo, Zaragoza, *Diario en el Viage de Francia e Italia*, Institución Fernando El Católico-CSIC- Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 2006.
- Sarrailh, J. (1985), *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México-Madrid, FCE.
- Stiffoni, G. (1994), “G. B. Conti e l’ambiente politico della Madrid di Carlo III”, en M. Fabbri ed., *Spagna e Italia a confronto. G. B. Conti, poeta, traduttore, cittadino insigne*, Lendinara, Panda, 109-133.
- Tejerina, B. (1980), “El Manuscrito del ‘Viaje a Italia’ de Leandro Fernández de Moratín: BNM Ms. 5890”, en *Coloquio Internacional sobre Leandro Fernández de Moratín*, Abano terme, Piovan ed., 229-248.
- _____ (1982-83), “Unos apuntes de Leandro Fernández de Moratín sobre algunas comedias españolas traducidas al italiano”, *Quaderni Ibero-Americani*, 55-56, 364-80.

- _____ (1986), “Ideas reformistas de Juan Andrés a través de sus impresiones venecianas (1788)”, *Dieciocho*, 9, 272-289.
- _____ (1986), “L’Importance du ‘Diario’ de Leandro Fernández de Moratín pour la rédaction de son *Viaje a Italia*”, en *Colloque sur le Journal de voyage* (celebrado en Grenoble, 14-17 de junio de 1978), Ginebra, Moncalieri, 247-255.
- _____ (1991) “Introducción”, en F. Fernández de Moratín, *Viaje a Italia*, ed. de B. Tejerina, Madrid, Espasa Calpe, [1988], 9-70.
- _____ (1992), “Nápoles refractada en el *Viaje a Italia* de L. Fernández de Moratín”, en M. Tietz y D. Briesemeister eds., *Die Säkularisierung der spanischen und Literatur im 18. Jahrhundert*, Wiesbaden, Harrasowitz, 213-225.
- Viera y Clavijo, J. (1849), *Estracto de los apuntes del diario de mi viaje desde Madrid a Italia y Alemania*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta, Litografía y Librería isleña, 3 vols, [Santa Cruz de Tenerife, Obra Social y Cultural de Caja Canarias, 1777-78].
- Viera y Clavijo J. (2006), J., *Cartas familiares (1770-1807)*, R. Fernández Hernández ed., Canarias, Ed. Ideas, 2006 [Santa Cruz de Tenerife, Imprenta, Litografía y Librería Isleña, 1849].

Franco Quinziano
Universidad Nacional de Seúl
E-mail: francoquinzi@msn.com

Fecha de llegada: 21 de octubre de 2007
Fecha de revisión: 14 de noviembre de 2007
Fecha de aprobación: 17 de diciembre de 2007